PLUTARCO

OBRAS MORALES Y DE COSTUMBRES

(MORALIA)

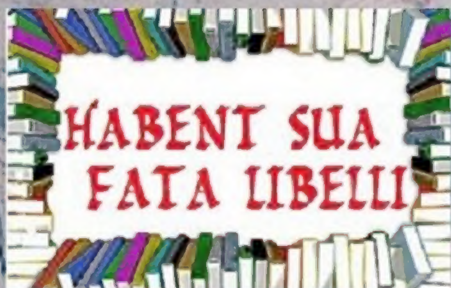
VII

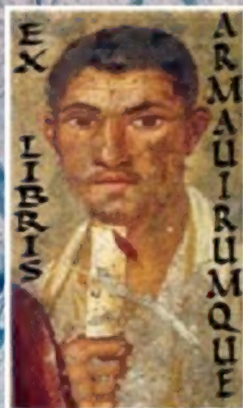
SI LA VIRTUD PUEDE ENSEÑARSE • SOBRE LA VIRTUD MORAL • SOBRE EL REFRENAMIENTO DE LA IRA • SOBRE LA PAZ DEL ALMA • SOBRE EL AMOR FRATERNO • SOBRE EL AMOR A LA PROLE • SI EL VICIO PUEDE CAUSAR INFELICIDAD • SI LAS PASIONES DEL ALMA SON PEORES QUE LAS DEL CUERPO • SORE LA CHARLATANERÍA • SOBRE EL ENTROMETIMIENTO

INTRODUCCIONES, TRADUCCIONES Y NOTAS POR
ROSA MARÍA AGUILAR



EDITORIAL GREDOS


HABENT SUA
FATA LIBELLI


EX LIBRIS
ARMAUIRUMQUE



BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 214

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL

Según las normas de la B. C. G., las traducciones de este volumen han sido revisadas por JORGE BERGUA CAVERO.

Depósito Legal: M. 37658-1995.

ISBN 84-249-1601-8. Obra completa.
ISBN 84-249-1789-8. Tomo VII.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1995. — 6705.

INTRODUCCIÓN

Las obras que contiene este volumen están casi en su totalidad representadas en el apartado que Ziegler[1] calificó como escritos ético-filosóficos populares. No diríamos tanto nosotros de todas, pues, si el calificativo de popular puede convenir a la mayoría de ellas, creemos que un tratado de una envergadura como la de *Sobre la virtud moral (De virtute morali)* se escapa a tal encasillamiento por su propio contenido y por la índole de su exposición, de un carácter doctrinal, escueto y seco, como pocas veces ofrece el de Queronea.

Semejanzas mayores son las que se hallan en el grupo que, a nuestro ver, constituyen *Sobre el refrenamiento de la ira (De cohibenda ira), Sobre la paz del alma (De tranquillitate animi), Sobre el amor fraterno (De fraterno amore), Sobre la charlatanería (De garrulitate)* y *Sobre el entrometimiento (De curiositate).* En estos tratados se expone la naturaleza de algunos grandes o pequeños vicios y se dan consejos para su curación o bien se desarrollan doctrinas para vivir en paz con uno mismo o con la familia. La exposición en ellos es bastante sistemática, pero la posible aridez de la doctrina se ve aliviada por la riqueza del anecdotario inser-

---

[1] K. Ziegler, *Plutarchos von Chaironeia, Realencyclopädie* XXI 1, 1951, col. 768 sigs.

tado a todo lo largo de cada obra, lo que hace a muchas de estas obras de las más amenas de nuestro autor. Casos levemente diferentes son dentro de este apartado el del *Sobre el refrenamiento de la ira* y el del *Sobre el amor fraterno.* En el primero nos encontramos con el género diálogo, pero solamente en apariencia. Tras un primer intercambio de impresiones entre Sila y Fundano, el diálogo se decanta en una larga exposición de Fundano que sólo se interrumpe con el fin de su teorización sobre los medios para dominar el vicio de la ira. En este tratado no hay una exposición previa sobre la índole de este vicio —que se hallaría, en cambio, en el perdido *Perì orgês*— sino solamente el tratamiento para lograr su dominio. El segundo de ellos es uno de los opúsculos morales más gratos, a nuestro ver, del filósofo de Queronea. En él se encuentran una espontaneidad, una frescura y veracidad que serían comparables a los rasgos que hallamos en los consuelos que prodiga a su mujer en su *Consolatio ad uxorem,* debidos en uno y otro caso al amor que prodigaba a su familia y que vemos reflejados en el primero en sus alusiones a su hermano Timón.

Un caso distinto es, aun cuando pueda confundir su título, el tratadito *Sobre el amor a la prole.* Sin duda el no estar completo es la causa de que nos cuente poco más que es mayor el amor a su progenie en el hombre que entre los animales, aunque se expongan hermosos ejemplos del amor de las bestias por sus crías. La obra parece inacabada y su texto se presenta muy corrompido. Por otra parte su estilo cuadra más que nada con el de los ejercicios retóricos, y las dificultades en su datación no aclaran tampoco el problema.

Las tres restantes obras que constituyen este volumen son todas ellas igualmente breves e incompletas. Sobre dos de ellas, *Si el vicio puede causar infelicidad (An vitiositas ad infelicitatem sufficiat)* y *Si las pasiones del alma son*

peores que las del cuerpo (Animine an corporis affectiones sint peiores), ya Wilamowitz[2] formuló la teoría de que ambas formarían parte de una sola obra mayor, siendo la primera de las dos continuación de la segunda. Esta hipótesis, que no halló fortuna, ha sido retomada en cierta manera y con mayores vuelos por Adelmo Barigazzi[3]. Este autor supone que no sólo estos opúsculos sino también los tratados *Sobre la fortuna (De fortuna), Si la virtud puede enseñarse (An virtus doceri possit)*[4] y *Sobre la virtud y el vicio (De virtute et vitio)* —de los cuales sólo el segundo forma parte de este volumen— provendrían de una misma obra fragmentada. El orden en que habría que leer estos fragmentos sería *De fort., An virtus, Animine an corporis, An vitiositas* y por último *De virt. et vit.* A su juicio, todos ellos revelan el ejercicio de la retórica como otros productos de la etapa de juventud de Plutarco y podría convenirles un título como *De virtute, an docenda sit (Perì aretês, ei didaktéon).* Subtítulos en la obra la habrían llevado a la fragmentación en piezas independientes en una época situable entre la publicación del catálogo de Lamprias (s. III/IV d. C.) y la edición de Máximo Planudes (s. XIII de nuestra era). El contenido sobre la virtud habría favorecido su difusión en el cristianismo. Incluso, recuerda, el número 180 del catálogo de Lamprias es *Perì aretês, ei didaktéon hē aretḗ.* En suma, no se trataría aquí de un tratado moral, sino de una declama-

---

2 U. von Wilamowitz, *Hermes* XI (1905), 161-176 (= *Kleine Schriften* IV, págs. 208-212).

3 A. Barigazzi, «Per il ricupero di una declamazione di Plutarco sulla virtù», *Prometheus* 13 (1987), 47-71.

4 También G. Siefert, *Commentationes Ienenses* 1896, págs. 102-105 (*apud* Helmbold, *op. cit. infra,* pág. 2), ha sostenido que Plutarco escribió el *An virtus...* en relación con *De fortuna* y que aquél no está mutilado sino inacabado.

ción sobre la virtud. La exposición de esta teoría aparece bien fundada y resulta atractiva, ya que sirve también para eludir el cómodo recurso de calificar todos estos textos fragmentarios de apuntes sin desarrollar o de obras incompletas publicadas póstumamente por herederos. Sin embargo, por más atractiva que resulte tal teoría, no puede dejar de ser más que una suposición plausible, pero no fácilmente demostrable.

Los diez tratados que figuran en este volumen se encuentran en el *Corpus Planudeum,* conservado en el códice *Parisino* E, y son respectivamente los números 55, 52, 9, 11, 13, 46, 45, 19, 14 y 10. El orden de los tratados en nuestra traducción responde al de la edición estefaniana. La tradición manuscrita es muy amplia y solamente pretendemos mostrar un esbozo de ella. En su conjunto es una colección de casi cincuenta códices, repartidos en tres familias. De la primera, que representa la tradición más antigua, el manuscrito principal es un palimpsesto, el *Laurentianus* 69 (L) del s. x, muy mutilado, del cual es copia el *Parisinus gr.* 1955 (C) (s. xi-xii). La segunda familia, muy compleja, tiene varios grupos entre los que se encuentran el *Marcianus gr.* 249 (Y) (s. xi-xii) y los *Mosquenses SS. Synodi gr.* 501 y 502 (M y N) del s. xii en el primero de éstos, manuscritos de los que, con diversas alteraciones, derivan los demás. La tercera representa la tradición de Planudes y en ella se encuentran el *Ambrosianus gr.* 859 (α) poco anterior a 1296, el *Parisinus gr.* 1671 (A) del s. xii y el *Parisinus gr.* 1672 (E) del xiv, poco anterior al 1302. El propio *Mosquensis gr.* 501, de la familia segunda, parece haber sido corregido por el propio Planudes. Con esta familia y, en concreto, con el *Ambrosianus gr.* 859 parece relacionarse ε (el *Matritensis* 4690, antiguo N 60) de la Biblioteca Nacional, fechado por Gregorio de

Andrés[5] en el s. XIII. En él se hallan algunos de los tratados que se traducen en este volumen, a saber, por este orden: *De cur.*, *Anim. an corp. affect.*, *De gar.*, *De coh. ira*, *De tranq. an.*, *De frat. am.*, *De virt. mor.* También en la Biblioteca de El Escorial se hallan el *Anim. an corp. affect.* (5, antes R. I. 5) así como un *excerptum* del *De frat. am.* en el 339. Ambos códices son tardíos.

En cuanto a las traducciones de estas obras puede decirse con certeza que no se ha conocido ningún esfuerzo para su versión directa del griego al castellano desde el s. XVI hasta nuestros días[6]. Fue Diego Gracián de Alderete, secretario del emperador Carlos V, quien en 1533 publicó los *Apothegmas del excelentisimo Philosopho y Orador Plutarco Cheroneo* en Alcalá de Henares, traducción de la que da cuenta M. Menéndez y Pelayo, advirtiendo que no había llegado a sus manos[7]. Sí conocía, en cambio, la de 1548 como asimismo la reedición de 1571 con adición de ocho obras más, a las que dedica grandes elogios. En estas versiones de

---

[5] *Catálogo de los Códices Griegos de la Biblioteca Nacional*, Madrid, 1987, págs. 249-251.

[6] Véase C. García Gual, «Dos poemas de encomio a la primera versión castellana de las *Obras morales* de Plutarco», en A. Pérez Jiménez, G. del Cerro Calderón (eds.), *Estudios sobre Plutarco. Obra y tradición. (Actas del I Symposion español sobre Plutarco)*, Málaga, 1990, pág. 280 y n. 5.

[7] M. Menéndez y Pelayo, *Biblioteca de Traductores Españoles*, II, Santander, 1952, págs. 179-180. Ficha completa de la obra de A. Palau y Dulcet en el *Manual del librero hispano-americano*, ofreciendo a continuación el contenido, en el que figuran, tras los *Apotegmas*, las demás obras de los *Moralia* que aparecen en la edición de 1548. Se trata de una confusión del viejo librero catalán de esta primera traducción de sólo los *Apotegmas*, de 1533, con la de 1548, también impresa en Alcalá, en la que figuran las otras obras mencionadas, cosa que hemos podido verificar en la Biblioteca Nacional, donde se halla esta preciosa edición de 1533 que Menéndez y Pelayo no llegó a conocer.

los *Morales de Plutarco. Traduzidos de lengua Griega en Castellana* se hallan parcialmente los tratados que se publican en este volumen. No sabemos bien cuál fue el criterio que llevó a Gracián a hacer esta selección, pues si hubiera sido el de no considerar algunas de ellas, como apunta Menéndez y Pelayo[8], verdaderamente apropiadas a este título, sí habría tenido en cuenta tratados como *Sobre el amor fraterno* o *Sobre la charlatanería* que no aparecen en su traducción. Los que corresponden con este volumen son por el orden en que en él aparecen los siguientes: *Que la virtud se puede enseñar* (fol. 180); *Cómo se ha de refrenar la yra* (fol. 149 v.); *De la tranquilidad y sossiego del ánimo* (fol. 156 v.); *Que son mayores las dolencias y passiones del ánimo que las del cuerpo* (fol. 164); *Contra los que son curiosos por saber vidas agenas* (fol. 174).

A partir del excelente estudio de J. S. Lasso de la Vega[9] sobre las traducciones de las *Vidas* parece haberse puesto de moda el vapulear la traducción de Diego Gracián[10]. Aun sin negar todos los defectos que estas versiones presentan, pensamos que las traducciones de los *Morales* deberían estudiarse más a fondo para emitir un juicio. No debemos olvidar que Gracián es un hijo de su época y que el gusto por la paráfrasis también se halla en la traducción latina de Erasmo que él tuvo a la vista. Por otra parte, que también tuviera

---

[8] *Op. cit.*, pág. 180: «... todos los cuales omitió Gracián o por creerlos de interés menos general que los que tradujo, o por juzgar, y con razón, que se les había aplicado con harta impropiedad el título de *Morales*, versando los más sobre cuestiones eruditas, ajenas a la Ética práctica, argumento de los demás libros».

[9] «Traducciones españolas de las *Vidas* de Plutarco», *Estudios Clásicos* VI, 35 (1962), 451-514, especialmente en págs. 482 y 496-497.

[10] J. López Rueda, *Helenistas españoles del s. XVI*, Madrid, 1973, págs. 389 y 391-392.

presentes otras traducciones de los *Moralia* en lengua vernácula no parece extraño. El que pueda haber semejanzas entre traducciones en lenguas vernáculas puede deberse, a veces, a coincidencias estructurales entre ellas. En fin, el propio secretario reconocía las muchas dificultades que había encontrado en traducir a Plutarco[11], y su opinión sobre la oscuridad de pasajes y abundancia de citas podría subscribirse igualmente ahora, cuando se cuenta con mucho mejores medios.

Una traducción interesante, aunque del latín, como advierte el autor, es la que hizo Diego de Astudillo[12] del *De cohibenda ira* y que aparece a continuación de su traducción de la *Introducción a la sabiduría* de Juan Luis Vives, lo cual lleva a pensar que la traducción latina procedería de este último. Esto confirma el interés que por Plutarco sintió el círculo de erasmistas. Por último, y sólo a título de curiosidad, mencionaremos una traducción de comienzos del s. XIX de los *Morales*, cuyo autor advierte paladinamente haberla hecho del francés. Se trata de una adaptación de parte de las *Obras morales* de la que no sabemos si el traductor, Enrique Ataide, es responsable o si realmente ya tradujo tal adaptación[13]. Quizá se trate más bien de lo primero, por lo

---

[11] «... y el sentido escuro que tiene sacado de los escondrijos y retraymientos de todos los autores: de suerte que se podría estimar una obra de ataracea compuesta de varia entretalladura». Del prólogo a la edición de 1548 en Alcalá de Henares por Juan de Brocar, fol. 9.

[12] *Introducción a la sabiduría compuesta en latín por el Doctor Juan Luys Vives. Diálogo de Plutarcho, en el qual se tracta, como se ha de refrenar la ira. Una carta de Plutarcho que enseña a los casados como se han de auer en su bivir. Todo nuevamente traduzido en castellano por —.* En Amberes, en casa de Juan Steelsio, 1551.

[13] *Primera parte de los pensamientos morales de Plutarco, traducidos del francés al castellano por D. Enrique de Ataide y Portugal. Tomo décimo.* En Madrid, en la oficina de Aznar, año 1803. Hay luego una *Segun-*

que dice en la n. 1 a la pág. 5: «En la traducción de los Pensamientos escogidos de Plutarco, no me he sujetado a toda la precisión que hubiera guardado si hubiera emprendido la traducción de sus obras, ó de alguno de sus tratados. Era menester dar sus ideas, más bien que sus expresiones; pero si me he tomado alguna libertad, ha sido con mucho cuidado».

Para terminar, hemos de referirnos a las ediciones griegas manejadas. El texto griego seguido es el de W. C. Helmbold en el t. VI de la colección *The Loeb Classical Library.* Asimismo hemos tenido a la vista el texto griego de la edición de M. Pohlenz y W. Sieveking en la colección Teubner, cuyas lecturas se han adoptado en algún caso. También han sido de gran ayuda la edición de J. Dumortier y J. Defradas en *Les Belles Lettres* y la de *Moralia 1* de G. Pisani, tanto en algunas adopciones de lectura como en su interpretación en las traducciones. Hemos tenido en cuenta igualmente ediciones monográficas de todas las cuales se da cuenta en la Bibliografía, salvo de alguna edición reciente que no ha llegado a nuestras manos y que por ello se ha omitido.

---

da parte y, por último, una *Colección de Filósofos moralistas antiguos* que está sacada de los *Apotegmas* como luego se advierte en portada.

BIBLIOGRAFÍA*

K. ABEL, «Panaitios bei Plutarch *De tranquillitate animi?*», *Rheinisches Museum* 130/2 (1987), 128-152.

D. BABUT, *Plutarque et le Stoïcisme,* París, 1969.

—, *De la vertu éthique,* París, 1969.

A. BARIGAZZI, «Per il ricupero di una declamazione di Plutarco sulla virtù», *Prometheus* 13 (1987), 47-71.

—, (ed.), *<Se la virtù si debba insegnare>* (*La fortuna, Se la virtù si possa insegnare, Se siano più gravi le malattie dell' animo o del corpo, Se il vizio sia sufficiente a rendere infelici, La virtù e il vizio*), Nápoles, 1993.

F. BECCHI, «La nozione di φρόνησις negli scritti postaristotelico-peripatetici di etica», *Prometheus* 13 (1987), 37-46.

—, *La virtù etica,* Nápoles, 1990.

—, «A proposito degli studi sugli scritti etici di Plutarco», *Atene e Roma* XXV 1 (1990), 1-16.

H. BROECKER, *Animadversiones ad Plutarchi libellum* Περὶ εὐθυμίας, Bonn, 1954.

C. BROKATE, *De aliquot Plutarchi libellis,* tesis doc., Gotinga, 1913.

* La Bibliografía que consta aquí es la que fundamentalmente se relaciona con estos tratados. Aun así también son citadas algunas obras generales que han sido empleadas. Para una Bibliografía general se remite a los otros volúmenes sobre Plutarco de esta misma Colección, donde se halla amplia información.

J. Dumortier, J. Defradas (eds.), *Plutarque, Oeuvres morales,* t. VII, primera parte, París, *Les Belles Lettres,* 1975.

R. Flacelière, *Sagesse de Plutarque,* París, 1964.

P. Fuhrmann, *Les images de Plutarque,* París, 1964.

J. García López, «Diego Gracián de Alderete, traductor de los *Moralia* de Plutarco», en *Los humanistas españoles y el humanismo europeo (IV Simposio de Filología Clásica),* Univ. de Murcia, 1990, págs. 155-164.

D. Gracián, *Morales de Plutarco. Traduzidos de lengua Griega en Castellana por —,* Alcalá de Henares, 1548.

J. J. Hartmann, *De Plutarcho scriptore et philosopho,* Leiden, 1916.

G. Hein, *Quaestiones Plutarcheae,* tesis doc., Berlín, 1916.

R. Heinze, «Ariston von Chios bei Plutarch und Horaz», *Rheinisches Museum* XLV (1890), 497-523.

W. C. Helmbold (ed.), *Plutarch's Moralia,* vol. VI, Londres-Cambridge (Massachusetts), 1962.

O. Hense, «Ariston bei Plutarch», *Rheinisches Museum* XLV (1890), 541-554.

R. Hirzel, «Demokrits Schrift Περὶ εὐθυμίας», *Hermes* XIV (1879), 354-397.

G. Indelli, «Plutarco, Sul controllo dell' ira», *Atene e Roma* 35 (1990), 89-94.

C. P. Jones, «Towards a chronology of Plutarch's works», *Journal of Roman Studies* LVI (1966), 61-74.

R. Laurenti, G. Indelli (eds.), *Sul controllo dell' ira,* Nápoles, 1988.

W. R. Paton, M. Pohlenz, W. Sieveking (eds.), *Plutarchi Moralia,* vol. III, Leipzig, 1972² (reimpr. 1.ª ed. 1929).

E. Pettine, *Plutarco, La curiosità* (Περὶ πολυπραγμοσύνης), Salerno, 1977.

— (ed.), *Plutarco, La loquacità (De garrulitate),* Salerno, 1975.

— (ed.), *Plutarco, La tranquillità del animo,* Salerno, 1984.

G. Pisani, *Plutarco, Moralia I. «La serenità interiore» ed altri testi sulla terapia dell' anima,* Biblioteca dell' Immagine, 1989.

M. Pohlenz, «Plutarchs Schrift Περὶ εὐθυμίας», *Hermes* XL (1905), 275-300.

—, «Ueber Plutarchs Schrift Περὶ ἀοργησίας», *Hermes* XXXI (1896), 321-338.

P. Rabbow, *Antike Schriften über Seelenheilung und Seelenleitung. Auf ihren Quellen untersucht. Die Therapie des Zornes,* Leipzig-Berlín, 1914.

D. A. Russell, «On reading Plutarch's *Moralia*», *Greece and Rome* 15 (1968), 130-146.

A. Schlemm, «Ueber die Quellen der plutarchischen Schrift Περὶ ἀοργησίας», *Hermes* XXXVIII (1903), 587-607.

E. L. Shields, «Plutarch and Tranquillity of Mind», *Classical Weekly* 42 (1948-49), 229-234.

G. Siefert, *De aliquot Plutarchi scriptorum moralium compositione atque indole,* Leipzig, 1896.

—, *Plutarchs Schrift* Περὶ εὐθυμίας, Progr. Pforta. Naumburg, 1908.

R. Volkmann, *Leben, Schriften und Philosophie des Plutarch von Chaeronea,* Berlín, 1869-1873.

U. von Wilamowitz-Moellendorff, «Der Tragiker Melanthios von Rhodos», *Hermes* XXIX (1894), 150-154.

K. Ziegler, *Plutarchos von Chaironeia, Realencyclopëdie* XXI 1, 1951, cols. 636-962.

SOBRE EL REFRENAMIENTO DE LA IRA

INTRODUCCIÓN

A diferencia de alguna obra de Plutarco, como es el caso de *Sobre el amor a la riqueza*, en la que se estudia una pasión pero no su tratamiento, nos encontramos aquí con una detallada exposición y metodología para la cura de la ira, sin que, en cambio, se haga un estudio de esta enfermedad del alma. El título de la obra es, por eso, más coincidente con su contenido en la traducción latina, *De cohibenda ira*, que con el del griego Περὶ ἀοργησίας. Sobre la propia pasión trataría sin duda un Περὶ ὀργῆς que figura como número 93 en el «Catálogo de Lamprias» y del que no puede pensarse que hay identidad con el que ahora nos ocupa —que en cambio no figura en aquél—, ya que Estobeo ha conservado un fragmento de él que en nada coincide con nuestra obra[1].

En cuanto a la forma es, en teoría, un diálogo que sostienen Sila y Fundano, ambos amigos de Plutarco. El primero de ellos lo comienza admirándose del cambio de carácter tan radical que se ha dado en su amigo tras un año en su ausencia de Roma. Sólo hay una réplica de Sila a lo que Fundano le contesta en primer lugar, el resto de la obra está ocupado por el fluir del verbo de este último, que trata pri-

[1] Estobeo, III, pág. 555 Hense (= frag. 148 Sandbach).

mero el tema de un modo más general para terminar refiriéndose a sí mismo y a su propia cura. Es, por consiguiente, de hecho, una exposición sin ningún carácter dramático[2].

Las fuentes de Plutarco para la composición de esta obra han sido objeto de numerosas discusiones desde finales del pasado siglo, cuando Pohlenz vio en el peripatético Jerónimo de Rodas, quien por dos veces (454F y 460C) aparece citado en esta obra, su fuente de inspiración[3]. Asimismo, las citas que de aquél hace Séneca en su *De ira* y las coincidencias de Plutarco con éste harían pensar que ambos lo tuvieron como una fuente común. El que primero Wilamowitz y luego Schlemm[4] creyeran en la utilización del estoicismo por parte de Plutarco no es un obstáculo. Ya estamos acostumbrados a esta utilización silenciosa de nuestro autor. Por otra parte, Jerónimo de Rodas, que primero perteneció a la escuela peripatética, fue luego el fundador de una escuela ecléctica. Tiene razón Babut cuando establece que hay una utilización de materiales estoicos, pero que ésta no es tal como para considerar a los filósofos del Pórtico como una sola fuente[5].

En último lugar hay que tener en cuenta que éste era un tema tópico que había sido tratado por incontables autores[6],

---

[2] Véase W. C. Helmbold, *Plutarch's Moralia,* VII, Londres, 1962, pág. 91: «... it is an undramatic as the later works of Plato».

[3] «Ueber Plutarchs Schrift Περὶ ἀοργησίας», *Hermes* XXXI (1896), 335 ss.

[4] «Der Tragiker Melanthios von Rhodos», *Hermes* XXIX (1894), 152, y «Ueber die Quellen der plutarchischen Schrift Περὶ ἀοργησίας», *Hermes* XXXVIII (1903), 587.

[5] D. Babut, *Plutarque et le Stoïcisme,* París, 1969, pág. 94.

[6] Véase J. Defradas y J. Dumortier, *Oeuvres Morales,* VII, 1.ª parte, «Notice», pág. 55: «Cent ans plus tôt, en 59 avant Jésus-Christ, dans une lettre à son frère Quintus, Cicéron témoigne du grand nombre d'auteurs qui avaient traité cette question». Asimismo Helmbold, *op. cit.*, pág.

lo que hace imposible determinar cuáles fueron las influencias prioritarias en nuestro autor.

Respecto a la datación de la obra es éste uno de los casos donde parece poder establecerse de una forma bastante segura. Precisamente Jones[7] comienza su estudio de la cronología plutarquea con el de este tratado. Resumiendo sus argumentos brevemente, el eje de la cuestión radica en la personalidad de Fundano, identificado generalmente como C. Minucio Fundano, cónsul *suffectus* en el 107 y procónsul de Asia en el 122/3. Éste se refiere a los efectos de su ira sobre su mujer y sus hijitas (455F) y ello le sirve a Jones para fechar el diálogo, ya que Plinio (*Ep.* V 16) habla de la muerte de la hija más pequeña que aún no había cumplido catorce años. Con otra serie de argumentos más, que nosotros, por la brevedad requerida, ahorramos, Jones establece como *terminus post quem* el nacimiento de esta niña, trece años antes, lo que da la fecha del 92-93. Para el *terminus ante quem* distingue la datación dramática de la fecha de composición. La fecha dramática podría definirse más fácilmente, pues Plutarco presenta a la esposa de Fundano como viva todavía y a las hijas, por el uso del diminutivo *(toîs thygatríois)*, muy pequeñas. En cambio considera más difícil asegurar la fecha real de composición del diálogo. No puede invocarse, dice, la analogía de otros diálogos plutarqueos, ya que el *De cohibenda ira* es casi único en no presentar el diálogo con una primera persona narrativa *(República)* o con un diálogo secundario *(Banquete)* sino, como el *Gorgias*, con un simple diálogo. Por otra parte, considerando que Plutarco no presentaría como viva a la

91, nota *a,* se refiere igualmente a la carta de Cicerón (*Ep. al hermano Quinto* I 1, 37).

[7] C. P. Jones, «Towards a chronology of Plutarch's Works», *Journal of Roman Studies* 56 (1966), 61-62.

esposa ya fallecida de Fundano, la fecha dramática y la de composición coincidirían y no habrían de ser posteriores al año 100. De no ser así, concluye, esta obra tendría que fecharse entre el 93 y la muerte de Plutarco.

Esta obra, como ya se ha señalado, no consta en el «Catálogo de Lamprias».

NOTA TEXTUAL

	Ed. Loeb	Nuestra traducción
458C	μυωπῶδες	μυῶδες

SOBRE EL REFRENAMIENTO DE LA IRA

1. SILA.—Me parece que hacen bien los pintores, F
Fundano, cuando examinan sus obras al cabo de un tiempo
antes de acabarlas. Al apartar la vista de ellas, con una
estimación repetida, la hacen nueva y más sensible a la
más pequeña diferencia que su contemplación continuada 453
y familiar oculta. Porque, desde luego, no es posible que el
hombre se acerque a sí mismo situándose fuera y divida la
continuidad de su propia conciencia, antes bien, por eso
cada uno se hace peor juez de sí mismo que de los otros.
Lo segundo podría ser el observar a los amigos a través
del tiempo y del mismo modo ofrecerse uno mismo a
aquéllos, no para saber si uno se ha hecho viejo pronto o
si tiene el cuerpo mejor o peor sino para examinar su mo-
do de ser y su carácter, por si el tiempo le ha añadido algo
de nobleza o le ha quitado algún vicio. En cuanto a mí,
tras haber llegado a Roma después de un año y convivir
contigo ya cinco meses, no juzgo nada asombroso el que
se haya producido, por tu buen natural, tan gran progreso B
y acrecentamiento a partir de lo noble que ya existía en ti.
Pero cuando veo que aquella violencia y fogosidad para la
cólera se ha vuelto tan mansa y dócil a la razón me viene
al ánimo decir:

Oh dioses, de cierto es ahora mucho más blando[1].

Pero esa blandura no tiene pereza ni abandono, sino que, como la tierra labrada, posee levedad y profundidad productiva para la acción en lugar de aquel empuje y aquella viveza. Por eso se hace asimismo evidente que la irascibilidad no se extingue por una cierta debilidad a causa de los años ni espontáneamente, sino por la terapéutica de unos buenos consejos. Con todo (pues te diré la verdad), cuando nuestro
C amigo Eros[2] me anticipaba esto, se me hacía sospechoso de atestiguar por buena voluntad lo que no existía, pero era adecuado que existiera en los hombres de bien, aunque, como sabes, no es de ningún modo persona susceptible de ceder en su opinión por hacer un favor. Pero en realidad él está libre de la acusación de falso testimonio, y tú, al darte este viaje un tiempo libre, cuéntanos, como si fuera un tratamiento médico propio, de qué medios te valiste para hacer tú ánimo tan embridado y suave, benigno y obediente a la razón.

FUNDANO.—¿Entonces no ves, mi benevolente Sila, que tú mismo por tu buena voluntad y amistad hacia mí descuidas alguna faceta de mi carácter? Pues a Eros mismo,
D quien muchas veces no mantiene su cólera en su lugar, permaneciendo en la homérica obediencia[3], sino que se le vuelve más áspera por su odio al mal, es natural que le parezcamos benignos nosotros, como en los cambios de las

[1] *Ilíada* XXII 373.

[2] Eros aparece nuevamente en relación con Fundano al comienzo del *Tranq. an.* 464 E. DEFRADAS (*Oeuvres Morales,* VII, 1.ª parte, pág. 59, n. 1) supone que por el nombre, característico de esclavos, Eros debía de ser un liberto y secretario de Fundano.

[3] *Odisea* XX 23. Citado también en *Garr.* 506B, pero con el verso completo.

escalas ciertas notas altas toman la posición de notas bajas respecto a otras notas altas.

SILA.—Ninguna de estas dos cosas es cierta, Fundano. Haz como digo, por favor.

2. FUND.—Y, por cierto, Sila, que uno de los buenos consejos de Musonio[4] que recordamos es el de que deben vivir cuidándose continuamente quienes quieren estar sanos. Pues, a diferencia de lo que sucede con el eléboro, es menester que, una vez curado, la razón no desaparezca junto con la enfermedad, sino que permanezca en el alma y con- E tenga y vigile sus juicios. El poder de la razón no se asemeja a los medicamentos sino a las comidas sanas, y procura un excelente estado, acompañado de vigor, en quienes se halla habitualmente. Las exhortaciones y consejos que se dirigen a las pasiones cuando están en toda su pujanza e inflamación se cumplen con dificultad y apenas, y en nada difieren de los aromas que despiertan a los epilépticos de su ataque pero no los liberan de su enfermedad. Sin embargo, las demás pasiones en el momento de su apogeo ceden de algún modo y aceptan un razonamiento que recorre desde afuera el alma; en cambio la ira, no como dice Melancio[5]:

actúa de manera terrible al hacer emigrar la mente,

sino que, por el contrario, la expulsa finalmente y la encierra, como los que se queman a sí mismos con sus casas, lle- F nando todo su interior de tumulto, humo y sofocación, de suerte que ni ve ni oye a quienes van en su ayuda. Por eso

[4] Frag. 36 HENSE.

[5] Melancio de Rodas, académico, discípulo de Carnéades, quien al menos en una ocasión compitió en los concursos trágicos. Este verso aparece citado por PLUTARCO también en *Ser. num. vind.* 551A. Cf. NAUCK^2, *TGF*, pág. 760.

más una nave desierta en medio del mar tempestuoso recibi-
454 rá de fuera un timonel[6] que un hombre agitado entre ira y cólera aceptará una razón ajena, a menos que tenga preparado su razonamiento propio. Pero del mismo modo que quienes esperan un asedio recolectan y preparan lo que va a serles útil cuando han perdido las esperanzas de una ayuda exterior, así sobre todo se debe aportar al alma los socorros ante la ira tomándolos desde ante de la filosofía, en la idea de que, cuando llegue el tiempo de la necesidad, no podrán introducirlos fácilmente. Pues el alma no oye siquiera lo exterior por causa del tumulto si no tiene dentro, como a un
B cómitre, a su propia razón recibiendo vivamente y comprendiendo cada una de las órdenes. Por otra parte, al oír las palabras tranquilas y suaves siente desprecio, pero se excita ante quienes se oponen con aspereza. Pues la ira, al ser desdeñosa, arrogante y en suma inflexible para otro, como una tiranía firme, debe tener al autor de su destrucción inseparable y congénere suyo propio.

3. En verdad, la continuidad de la ira y sus frecuentes estallidos crean un hábito pernicioso en el alma que llaman irascibilidad y que concluye en irritación, amargura y mal carácter[7] cuando el ánimo se vuelve ulcerado y amigo de
C nimiedades y querellas por cualquier motivo, como un hierro débil y ligero que siempre resulta rayado. Pero el juicio, que ataca al instante los ataques de ira y los reprime, no sólo cura el momento presente sino que también para el futuro hace al alma fuerte e impasible. A mí al menos, tras resistir dos o tres veces la ira, me ocurrió lo que le pasó a los tebanos, quienes, después de rechazar por vez primera a los la-

[6] Símil parecido en *Suav. viv. Epic.* 1103C.

[7] El contenido y vocabulario responde a Platón, *República* 411b-c. Cf. también Aristóteles, *Ética Nicomáquea* 1126a.

cedemonios, que parecían invencibles[8], no sufrieron ya ninguna derrota en la batalla a manos de aquéllos. En efecto, adquirí la convicción de que es posible vencer mediante el razonamiento. Y veía que no sólo cesa la ira al echar agua fría, como cuenta Aristóteles[9], sino que también se extingue D cuando se agrega un cierto temor. Y, por Zeus, si se presenta de pronto la alegría, la ira se «curó», en palabras de Homero[10], y se disolvió en muchos. De tal suerte que se me ocurría que esta pasión no es absolutamente sin remedio, al menos para quienes lo desean.

Tampoco tiene siempre comienzos grandes y violentos, por el contrario incluso una broma, un juego, el reír y hacer señas y otras cosas de ese jaez induce a muchos a sentir cólera, como cuando Helena se dirige a su sobrina

Electra, virgen por tan largo tiempo,

y la exacerbó hasta decir:

Demasiado tarde te has vuelto sensata, tú que entonces
abandonaste tu casa vergonzosamente[11].

También provocó Calístenes a Alejandro cuando dando la E vuelta a la gran copa le dijo: «No quiero beber de Alejandro y necesitar a Asclepio»[12].

---

[8] En la batalla de Leuctra el 371 a. C.

[9] Según Helmbold (*Plutarch's Moralia,* VII, Londres, 1962, pág. 100, nota *b*) la alusión debe de ser a alguna obra perdida. Alusiones a la relación entre miedo y frío aparecen en *Problemata* X 60 (898a 4-5) y *Partes de los animales* II (650b 25 y 651a 8 ss.).

[10] *Il.* XXIII 598 y 600.

[11] Eurípides, *Orestes* 72 y 99.

[12] El ejemplo se entiende mejor con la ayuda de la cuestión 6 de *Quaest. conv.* I, que trata sobre el exceso de la bebida en Alejandro. En 623F-624A se repite la anécdota pero dando el nombre de Alejandro a la

4. Pues bien, así como es fácil contener la llama prendida en pelos de liebre, en mechas o en basura, y en cambio si alcanza cosas sólidas que tienen profundidad destruye y gasta rápidamente

con fuerza juvenil la elevada obra de los carpinteros[13],

como dice Esquilo; del mismo modo el que pone atención en su cólera al principio y ve que humea y se prende de una pequeña charla y de burlas inmundas, no necesita gran preo-
F cupación sino que con frecuencia la hace cesar con su propio silencio y menosprecio.

Pues el que no arrima leña extingue el fuego, y el que ni alimenta en un principio la ira ni la sopla se guarda a sí mismo y la destruye. No me era grato Jerónimo[14], aun diciendo y aconsejando otras cosas de provecho, en lo que dice de que no existe percepción de cuándo se presenta la ira, sino de cuándo se ha presentado y de su existencia, debido a su rapidez. En efecto, ninguna de las pasiones al formarse y excitarse tiene su origen y acrecentamiento tan evi-
455 dente. Como también lo enseña expertamente Homero, al hacer a Aquiles súbitamente entristecido en cuanto se entera de la noticia[15], donde nos dice:

Así dijo; a él le cubrió una negra nube de tristeza.

En cambio lo presenta irritándose lentamente contra Agamenón[16] e inflamado por un intercambio de muchas pala-

---

gran copa. No obstante la broma molesta podría estar en el juego en el que se substituiría a Dioniso, dios del vino, por Alejandro también elevado a la categoría de un dios.

[13] Nauck[2], *TGF*, Esq., frag. 357.

[14] Jerónimo de Rodas, filósofo peripatético del s. iii a. C.

[15] La muerte de Patroclo que le comunica Antíloco; *Il.* XVIII 22.

[16] *Il.* I 101.

bras. Si alguno hubiera cortado éstas en un principio y las hubiera impedido, no hubiera tomado la disputa tal aumento y magnitud. Por eso Sócrates[17], cuantas veces advertía que se dirigía con excesiva aspereza a algunos de sus amigos, dirigiéndose

antes de la tempestad a un promontorio marino[18],

bajaba la voz, ponía su rostro sonriente y más benigna su mirada, guardándose de la caída y la derrota al inclinarse al otro lado y contrarrestar la pasión. B

5. Pues existe, amigo mío, una primera forma de suprimir la cólera, como si de un tirano se tratase, al no obedecer ni atender cuando ordena gritar y lanzar miradas terribles y darse de golpes, sino guardar calma y no intensificar la pasión, como una enfermedad, con su agitación y griterío. Desde luego que los actos amorosos, como dar serenatas, cantar y coronar la puerta, poseen en cierto modo una levedad que no es sin gracia ni arte:

Al llegar no grité quién o de quién; solamente besé C
la puerta. Si esto es una falta, he faltado[19].

Las efusiones de llantos y lamentos en los que están de duelo expulsan gran parte de la pena junto con las lágrimas. En cambio la cólera se excita más con lo que hacen y dicen los que la padecen.

Así pues, lo mejor es resistir impasibles o, mejor aún, huir, ocultarse y fondear en la calma, como cuando adverti-

---

[17] Séneca, *Sobre la ira* III 13, 3.

[18] Verso de autor desconocido. Cf. Page, *Poetae Melici Graeci, adesp.* 82. Aparece citado asimismo en *Tuend. san.* 129A y *Garr.* 503A.

[19] Calímaco, *Epigr.* XLII (43), vv. 5-6 Pfeiffer.

mos que está comenzando un ataque de epilepsia, para no caer nosotros o, más bien, no caer sobre otros; y caemos sobre todo las más de las veces encima de nuestros amigos. Porque no amamos a todos, ni odiamos a todos ni a todos tememos y, sin embargo, nada es intocable ni inatacable para la cólera: nos irritamos con enemigos y amigos, con
D hijos y padres, con los dioses, por Zeus, y con los animales salvajes y los objetos inanimados, como Tamiris:

Rompieron el cuerno de áurea atadura,
rompieron la armonía de la lira de tensadas cuerdas[20],

y Pándaro cuando pedía para sí la maldición si no quemaba su arco «tras destrozarlo con sus manos»[21]. Jerjes, por su parte, infligía heridas y golpes al mar y además envió una
E carta al Monte: «Divino Atos, que alcanzas el cielo con tu altura, no pongas en medio de mis obras grandes rocas difíciles de trabajar. De lo contrario, te cortaré y te arrojaré al mar»[22]. Pues mucho es en la cólera temible pero mucho risible también. Por eso es la más odiada y despreciada de las pasiones. Es útil examinar ambos aspectos.

6. En cuanto a mí —no sé si correctamente—, al hacer este comienzo de curación busqué conocer la ira en otros, al igual que los lacedemonios cómo es la embriaguez en los ilotas[23]. En primer lugar, como dice Hipócrates[24] que es muy grave una enfermedad en la que el rostro del enfermo

---

[20] Nauck^2, *TGF*, Sóf., frag. 223.

[21] *Il.* V 216.

[22] Heródoto, VII 35 y VII 24, pero en el segundo pasaje se habla de la perforación del canal y no de la carta.

[23] Plut., *Ins. lac.* 239A.

[24] *El pronóstico* 2 (I, pág. 79 Kühlevein). Sobre el cambio del rostro a efectos de la ira también se expresa Ovidio, *Arte de amar* 499 ss.

se le vuelve muy diferente, así al ver que por obra de la ira F
se alteraban y transformaban mirada, color, paso, voz[25], modelaba para mí como una imagen de esa pasión y me inquietaba muchísimo ser visto tan terrible y agitado en alguna ocasión por mis amigos, mi mujer y mis hijitas, no sólo salvaje y desacostumbrado a la vista sino también con una voz ruda y áspera, como había encontrado yo a otros de mis allegados que, por causa de la ira, no podían conservar carácter, aspecto, agrado de conversación ni la persuasión y
afabilidad del trato. El orador Cayo Graco[26], que era difícil 456
de carácter y hablaba con demasiada pasión, tenía una pequeña flauta de las que usan los músicos para dirigir la voz lentamente a través de los tonos más altos o más bajos. Ésta la tenía un sirviente que estaba en pie detrás de él mientras hablaba y le daba el tono adecuado y suave con el cual le invitaba a bajar su grito y le suprimía la aspereza y el apasionamiento de su voz, como de los boyeros

la caña unida con cera resuena
vibrante en tono somnoliento[27],

suavizando y asentando la cólera del orador. En cuanto a mí,
si tuviera un servidor mesurado y con ingenio, no me dis- B
gustaría si me trajera un espejo en mis momentos de ira, a la manera que se suele presentar a algunas personas, sin provecho alguno, después de bañarse. Pues el verse a sí mismo en un estado contrario al natural y completamente alterado no es cosa pequeña para desacreditar esta pasión. Pues tam-

[25] SÉN., *Sobre la ira* II 35.
[26] *Vida de Graco* II 6, (825B).
[27] ESQUILO, *Prometeo* 574-575.

bién cuentan los aficionados a contar bromas que Atenea[28], cuando tocaba la flauta, recibió una reprimenda del sátiro y no prestó atención:

No te va bien ese porte; deja las flautas
y coge tus armas, pon bien tus mejillas[29];

pero cuando vio el aspecto de su cara en un río se irritó y dejó las flautas. Sin embargo el arte tiene a la melodía como
c un consuelo de la fealdad. Y Marsias, al parecer, con la ayuda de una especie de bozal y unas embocaduras contuvo el exceso de su soplo y a un tiempo arregló su rostro y ocultó su irregularidad[30]:

Ajustó sus pobladas sienes con resplandeciente oro,
y su boca impetuosa con correas atadas por detrás[31],

pero la ira, cuando infla y distiende sin decoro el rostro, emite una voz aún más desvergonzada y desagradable

conmoviendo las cuerdas inamovibles del alma[32].

---

[28] PLUTARCO alude a este relato en la *Vida de Alcibíades* II 6 (192E). Véase también OVIDIO, *Arte de amar* III 505-506; *Fastos* VI 699 ss.; ATENEO, XIV (616e).

[29] NAUCK², *TGF, adesp.* 381.

[30] Esta industria de Marsias se cuenta, con casi los mismos términos, en *Quaest. conv.* 713D.

[31] Tanto W. C. Helmbold como J. Dumortier señalan que según TZETZES, *Chiliades* I 371, este verso pertenecería a SIMÓNIDES; no obstante desde Schneidewin se atribuye a SIMIAS DE RODAS (frag. 3 en POWELL, *Collectanea Alexandrina*, pág. 111).

[32] NAUCK², *TGF, adesp.* 361. Citado también por PLUTARCO en *Aud.* 43E, *An. corp. affect.* 501A, *Garr.* 502D, *Quaest. conv.* 657F.

Pues se dice que el mar se purifica cuando, revuelto por los vientos, arroja el plancton y las algas; en cambio, lo que la cólera saca afuera del alma perturbada son palabras intemperantes, amargas y triviales que mancillan a quienes las pronuncian los primeros y los llenan de mala fama, como si D siempre las tuvieran en sí y estuvieran llenos de ellas pero ahora las descubriesen por obra de su ira. Por esto, por una palabra, «la más leve cosa» como dice Platón[33], pagan «el más severo castigo», al aparentar que son hostiles, maldicientes y de mal carácter.

7. Pues bien, cuando miro y observo estas cosas, me ocurre poner y recordar para mí que es bueno en la fiebre, pero aún mejor en los accesos de ira, tener la lengua blanda y suave. Porque, si la lengua de los que padecen fiebre no está en su estado natural, es una mala señal pero no la causa. Por el contrario, cuando la de los airados se vuelve áspera y vulgar y fluye con palabras fuera de lugar, produce in- E solencia que crea odios incurables y acusa una malevolencia oculta. Pues ni el vino puro ocasiona algo tan intemperante y odioso como la cólera. Aquello, además, va acorde con la risa y la broma, esto se mezcla con la hiel. En la bebida el hombre silencioso resulta insoportable y pesado a sus compañeros, pero en la ira nada es más digno que la calma, como aconseja Safo:

Cuando la ira se extiende en el pecho
debe vigilarse la lengua ladradora[34].

---

[33] PLUTARCO combina con leves alteraciones *Leyes* 935a con 717d. Lo mismo ha hecho en *Cap. ex inim. ut.* 90C, *Garr.* 505C, *Quaest. conv.* 634F.

[34] Frag. 158 LOBEL-PAGE.

8. Pero no sólo nos da a reflexionar en esto la atención constante en los que son presa de la ira, sino también la
F comprensión de la restante naturaleza de la cólera, como que no es noble, viril, ni tampoco posee inteligencia ni grandeza. Sin embargo a la mayoría de la gente le parece su turbulencia actividad, su amenaza confianza y su rigidez fortaleza. Algunos incluso suponen sin razón que su crueldad es magnificencia, su inexorabilidad firmeza, su desagrado odio del mal. Sus acciones, emociones y actitud acusan una gran pequeñez y debilidad, no sólo cuando maltratan
457 a niñitos, se comportan con dureza con mujeres y creen que deben castigar a perros, caballos y mulas, como Ctesifonte el pancratista justificando el pegar a su mula, sino que también respecto a las mancillas asesinas de los tiranos su pequeñez de ánimo se hace visible en la crueldad y su perversidad en la acción, a semejanza de las mordeduras de las serpientes que depositan su ardor en los que las han herido, cuando están inflamadas y llenas de dolor. Pues como una inflamación de una herida grande es un padecimiento en la
B carne, así en las almas excesivamente débiles la tendencia a hacer daño produce una mayor cólera desde una mayor debilidad. Por eso también las mujeres son más irritables que los hombres, los enfermos más que los sanos, los ancianos más que los hombres vigorosos y los desafortunados más que los dichosos. Pues es irritable el avaro ante su administrador, el glotón ante su cocinero, el celoso ante su mujercita, el que se vanagloria cuando tiene mala fama; pero los más difíciles son

los hombres que en las ciudades
cortejan en exceso la ambición;
instalan un dolor manifiesto,

conforme dice Píndaro[35]. Así, de la tristeza y el padecimiento del alma, sobre todo por debilidad, surge la cólera, que no C
se asemeja, como alguien dijo[36] «a los nervios del alma», sino a sus tensiones y espasmos cuando se subleva con demasiada fuerza en sus impulsos de defensa.

9. Estos ejemplos viles no ofrecían, ciertamente, una visión grata sino sólo necesaria, pero proponiendo como relatos y aspectos más bellos a quienes conversan suave y levemente entre accesos de ira voy a comenzar por el desprecio de los que dicen:

Injuriaste a un hombre; ¿tiene éste que soportarlo?[37],

y:

Písale con el pie, písale en el cuello y acércale al suelo[38],

y otras formas de instigación por las que algunos transfieren equivocadamente la cólera desde el gineceo a las habitaciones de los hombres. Pues el valor, que conviene en los de- D
más con la justicia, me parece que compite solamente con ella por la dulzura, como más adecuada para él. Pues aunque ha sucedido que hombres inferiores han dominado a otros mejores, el erigir en el alma un monumento contra la

---

[35] Frag. 210 SNELL-MAEHLER.

[36] PLATÓN, *República* 411b. En *Virt. mor.* 449F da esta misma referencia citándole por su nombre. Se deberá quizá, como dice Helmbold, a que Plutarco no gusta de nombrarlo cuando está forzado a contradecirle.

[37] NAUCK^2, *TGF, adesp.* 382.

[38] *Frag. iamb. adesp.* 26 DIEHL; EDMONDS, *Elegy and Iambus*, II, pág. 304. Atribuido a ARQUÍLOCO por Meineke según HELMBOLD, *op. cit.*, pág. 119, nota *c*.

cólera (a quien es difícil combatir, dice Heráclito[39], «porque lo que quiere lo compra con su alma») es propio de una fortaleza grande y victoriosa, que tiene contra las pasiones sus juicios como si fueran nervios y tendones[40].

Por esto intento siempre reunir y releer no ya solamente
E estos dichos de los filósofos, de quienes los necios afirman que no tienen hiel, sino más bien los de los reyes y tiranos. Así, por ejemplo, el de Antígono[41] a sus soldados, que le estaban censurando junto a su tienda creyendo que no les oía; sacando por fuera el bastón dijo: «¡Dioses! ¿No podríais hablar mal de mí yéndoos un poco más lejos?». Y el de Arcadión[42], el aqueo, que siempre hablaba mal de Filipo y aconsejaba huir

hasta que se llegue ante quienes no conocen a Filipo.

Después, cuando apareció en cierta ocasión en Macedonia, pensaban los amigos del rey que no debía dejarle sin castigo. Filipo, en cambio, cuando se encontró con él lo trató
F amablemente, le envió presentes de hospitalidad y regalos y, después, ordenó que le informaran de en qué términos se refería a él ante los griegos. Cuando todos le testimoniaron

---

[39] DIELS-KRANZ, *Die Fragmente der Vorsokratiker*, I 85. Véase también *Vida de Coriolano* 22 y *Amat.* 755D. Pero parece que HERÁCLITO se refiere al amor y no a la ira, como contra quien es difícil luchar.

[40] Parece una nueva alusión a PLATÓN, como en 457C, corrigiendo el mismo pasaje, *Rep.* 411b.

[41] Esta misma anécdota aparece en *Reg. et imp. apophth.* 182C. El Antígono citado parece ser el general de Alejandro, llamado el Cíclope. Gobernó Asia entre 323 y 301, año en que murió en Ipsos en lucha con los otros diádocos. Cf. SÉN., *Sobre la ira* III 22, 2.

[42] ATENEO, VI (249c-d). El verso es una parodia de *Od.* XI 122, substituyendo mar *(thálassan)* por Filipo *(Phílippon)*, que da la misma medida al hexámetro. La siguiente anécdota referida a Filipo aparece también en *Reg. et imp. apophth.* 179A y en *Coniug. praec.* 143F.

que aquel hombre se había convertido en un admirable panegirista suyo, dijo: «Soy mejor médico que vosotros». Y en Olimpia, cuando se extendió una difamación sobre Filipo y algunos decían que los griegos deberían lamentarlo porque recibiendo el bien de él le injuriaban, dijo: «¿Qué harán entonces si les tratamos mal?».

Son también hermosas las anécdotas de Pisístrato con Trasibulo[43], de Porsena con Mucio[44] y de Magas con File- 458
món[45]. Pues, después que le hubo ridiculizado éste públicamente en el teatro:

Te han llegado unas letras del rey, Magas.
¡Desdichado Magas, que no sabe de letras![46],

Magas le capturó cuando Filemón había sido arrojado por una tormenta en Paretonio y ordenó que un soldado le tocara solamente con la espada desnuda en el cuello y que después marchara comedidamente. Pero le despidió tras haberle enviado unas tabas y una pelota, como a un niño que aún no ha alcanzado la razón. Ptolomeo, burlándose de un gramático por su ignorancia le preguntó quién era el padre de Peleo y aquél le respondió: «Te lo diré si antes me dices tú quién B
era el de Lago»[47]. La broma afectaba al bajo nacimiento del rey y todos se irritaron pensando que era inapropiada e ino-

[43] También en *Reg. et imp. apophth.* 189C.

[44] En *Par. min.* 305F-306A y en la *Vida de Publícola* XVII (106A-D).

[45] Asimismo en *Virt. mor.* 449E-F. Hemos intentado reproducir el juego de palabras entre «carta» y «letra» que en griego se expresan con el mismo término, *grámmata*.

[46] Kock, *Comicorum Atticorum fragmenta*, frag. 144.

[47] Según la leyenda Filipo II de Macedonia hizo casar a su general Lago con Arsínoe, que estaba embarazada del Rey. Por eso Ptolomeo sería medio hermano de Alejandro y de ahí la alusión a su dudoso origen.

portuna. Ptolomeo dijo en cambio: «Si soportar una broma no es propio de un rey, ni siquiera lo es el darla». Más agrio de lo que era habitualmente ha sido Alejandro en su comportamiento con Calístenes y Clito[48]. Así Poro[49], cuando fue hecho prisionero le pidió que le tratara como a un rey. Cuando Alejandro le preguntó «¿nada más?», Poro le dijo: «En el 'como a un rey' consiste todo». Por eso también lla-
c man al rey de los dioses 'Meiliquio', pero los atenienses, según creo, 'Maimactes'[50]. Pero el castigo es propio de las Erinias y de los démones, no de los dioses y de los Olímpicos.

10. Pues bien, como alguien dijo cuando Filipo arrasó Olinto: «Pero él no podría repoblar una ciudad de tal envergadura», así se puede decir en relación a la cólera: «Puedes arrasar, destruir y devastar, pero levantar, salvar, preservar y fortalecer es propio de la benignidad, del perdón y de la moderación en la pasión, es propio de un Camilo[51], de un Metelo[52], de un Aristides[53] o de un Sócrates. El clavar los

---

[48] En *Virt. mor.* 449E se alude a la pena de Alejandro por la muerte de Clito que es narrada en *Vida de Alejandro* LI (694D). De Calístenes se trata a partir del cap. LII. Sobre su muerte, en el LV (696D-E).

[49] Esta anécdota de Poro aparece también en *Reg. et imp. apophth.* 181E, *Alex. fort. virt.* 332E y en la *Vida de Alejandro* LX (699C).

[50] Dos epítetos de Zeus; 'El que dulcifica' —el adjetivo procede de *méli* (miel) — y 'el violento'. Véase Roscher, *Lexikon der griechischen und römischen Mythologie, s. v.* Meilichios y *s. v.* Maimaktes.

[51] M. Furio Camilo, noble romano que vivió entre 445 y 365 según los datos tradicionales. Se distinguió por la toma de Veyes y sus victorias sobre los celtas. En su haber se cuenta asimismo el desempeño de cinco dictaduras. Plutarco le dedicó una *Vida* emparejado con Temístocles.

[52] Si es el mismo que aparece en *Apophth. rom.* 201F-202A se trataría de Q. Cecilio Metelo Macedónico, cónsul en el 143 a. C.

[53] Aristides, adversario político de Temístocles en su estrategia frente a la guerra con los persas, vivió en Atenas en la primera mitad del s. v a. C.

dientes y morder es de hormigas o de ratas»[54]. Sin embargo, considerando también el modo de defensa de la ira lo encuentro ineficaz en su mayor parte, al gastarse en mordeduras de los labios[55], rechinar de dientes, ataques vanos y difamaciones con amenazas insensatas; después es como en las carreras de los niños[56], que al no poder dominarse se caen ridículamente antes de la meta a la que se precipitan. Por eso no está mal lo que dijo el rodio al servidor del general romano que vociferaba y se insolentaba: «No me preocupa qué dices tú, sino qué se calla tu amo». Y Sófocles, después de haber armado a Neoptólemo y a Eurípilo D

sin jactancia, sin injuria

dice,

irrumpieron en el círculo de las broncíneas armas[57].

Pues aunque algunos bárbaros emponzoñan sus espadas, el valor no necesita hiel porque está bañado por la razón. Lo colérico y maníaco es fácilmente rompible y débil. Al menos los lacedemonios apartan de sus combatientes la ira con flautas y antes del combate hacen sacrificios a las Musas para que la razón se mantenga firme[58]. Después de haber puesto en fuga a los enemigos no los persiguen, sino que invocan a su cólera que, como los puñales de un tamaño me- E

[54] SÉN., *Sobre la ira* II 34, 1. Seguimos aquí el texto de Teubner que lee *muôdes*, no *muōpôdes* como Helmbold. Esta última lectura, que nos daría un 'de tábanos' en un paralelo a 'hormigas' no está explicada por el editor ni justificada en el aparato crítico.

[55] SÉN., *Sobre la ira* I 19, 2-3.

[56] *Virt. mor.* 447A.

[57] NAUCK², *TGF*, SÓF., frag. 768.

[58] PLUT., *Ins. lac.* 238B.

diano, se puede retirar fácilmente[59]. En cambio la ira ha matado a infinitas personas antes de su venganza, como a Ciro[60] y a Pelópidas el Tebano[61]. En cambio Agatocles soportaba benignamente ser insultado por los sitiados. Cuando uno le dijo: «Alfarero, ¿de dónde sacarás la paga para tus
F mercenarios?», contestó riendo: «De esta ciudad si la tomo»[62]. Y de Antígono[63] se burlaban algunos desde las murallas por su fealdad, pero él les dijo: «¡Y yo que me creía guapo!». Pero tras tomar la ciudad vendió como esclavos a los burladores, testimoniando que hablaría con sus amos si de nuevo se burlaban.

Veo también que han errado grandemente abogados y
459 oradores a causa de la ira. Aristóteles cuenta que los amigos de Sátiro, el samio, le taponaron los oídos con cera cuando mantenía un proceso privado para que no expusiera confusamente su caso al ser insultado por sus adversarios[64]. A nosotros mismos ¿no se nos escapa algunas veces el castigar a un esclavo que ha faltado?, pues huyen ante el temor de nuestras palabras de amenaza. Del mismo modo que las nodrizas dicen a los niños: «No llores y te cogeré», hay que decir esto a la cólera inútil: «No te apresures, ni grites ni te lances, así ocurrirá lo que quieres y aún mejor». Pues también un padre, cuando ve que su hijo intenta atravesar o

---

[59] Sén., *Sobre la ira* II 35, 1.

[60] Probablemente se refiere Plutarco a Ciro el Joven, quien se acarreó la muerte atacando furiosamente a su hermano Artajerjes en la batalla de Cunaxa. Véase Jenofonte, *Anábasis* I 8, 26-27.

[61] Véase *Vida de Pelópidas* XXXII (296A) donde Plutarco cuenta cómo encontró la muerte al atacar a Alejandro de Feras en Cinoscéfalas.

[62] Agatocles era hijo de un alfarero. Véase *Reg. et imp. apophth.* 176E.

[63] Antígono el Cíclope. Pero esta anécdota se cuenta de Agatocles en *Reg. et imp. apophth.* 176E-F.

[64] *Problemata* III 27 (875a 34 ss).

cortar algo con un cuchillo, tomándolo, él mismo lo hace.
De igual modo la razón misma, al tomar de su cuenta el
castigo propio de la cólera, castiga con seguridad, sin daño y B
provechosamente a quien se lo merece, y no como la cólera
que, en su lugar, se castiga a sí misma frecuentemente.

11. Aunque todas las pasiones requieren una habitua-
ción que domeñe y adiestre con el ejercicio lo irracional y
desobediente, no es posible ejercitarse con los criados en
otra cosa mejor que en el dominio de la ira. Pues en relación
a ellos no surge envidia ni temor ni rivalidad, pero ataques
continuados de ira producen muchos obstáculos y, por nues-
tro absoluto poder, causan deslices, como si fuera un terreno
resbaladizo, sin que nadie se oponga ni lo impida. Pues no
es posible contener en medio de la pasión el poder irrespon-
sable sin cometer errores, a menos que se rodee el poder
absoluto de mucha benignidad y que se soporten las voces C
de mujer y de amigos acusándolos de flojera y blandura.
Sobre todo con éstos me he irritado también yo mismo
con respecto a la supuesta perversión de los servidores
por falta de castigos. Más tarde, sin embargo, com-
prendí que, en primer lugar, es mejor hacerlos peores
por permisividad que torcerse uno a sí mismo con dure-
za y cólera en la corrección de otros. Después, al ver
que con la propia ausencia de castigos se avergonzaban
muchas veces de comportarse mal y que recibían el per-
dón, más que la pena, como un comienzo de cambio, y
por Zeus, que servían a unos con una señal de silencio
con más ánimo que a otros con golpes y heridas, me
persuadí de que el razonamiento era más adecuado que D
la cólera para gobernar. Pues no como dijo el poeta:

Donde está el miedo, allí también está el respeto[65];

sino que, por el contrario, el temor que enseña a ser sensato surge en los que respetan, en cambio el golpe continuo e inflexible no engendra arrepentimiento de la mala acción sino más bien previsión para pasar inadvertido. En tercer lugar, mientras constantemente pensaba y reflexionaba conmigo mismo que ni el que nos enseñó a tirar al arco nos impidió disparar sino errar el tiro, ni para castigar será un obstáculo
E enseñar a hacerlo en el momento oportuno, con moderación y provecho, intento suprimir la ira principalmente no impidiendo la justificación de los castigados, sino escuchándoles. Pues el tiempo produce en la pasión un desgaste y demora que la disuelve y el juicio encuentra también la manera conveniente y la medida que se adecúa al castigo. Además no queda pretexto para quien paga una pena a oponerse a su corrección, si no se le castiga encolerizado sino después de convicto. Y por último, no se añade lo más vergonzoso, el que parezca el criado hablar con más razón que su amo.

Así pues, como Foción impidió tras la muerte de Ale-
F jandro que se sublevasen los atenienses y no permitió que se confiaran enseguida sino que dijo: «Si hoy, amigos atenienses, está muerto, también estará muerto mañana y tres días más tarde», del mismo modo creo que debe sugerirse a sí mismo quien se apresura al castigo en un ataque de ira: «Si ése ha faltado hoy, también será culpable mañana y dentro de tres días. Nada de terrible hay en que pague su culpa más tarde, pero si la sufre enseguida siempre le parecerá que la pagó sin haber faltado, y esto ha ocurrido ya en muchas
460 ocasiones». Pues ¿quién de nosotros es tan estricto que

[65] *Cantos Ciprios,* frag. 23 Allen, atribuidos a Homero.

azote o castigue a un esclavo porque hace cinco o diez días quemó el asado, o tiró la mesa u obedeció con lentitud? Y sin embargo, por estas cosas, en cuanto han sucedido y están recientes nos perturbamos y estamos en una disposición áspera e implacable. Pues como los cuerpos a través de la niebla así también las acciones a través de la ira aparentan ser mayores.

Por eso debemos acordarnos enseguida de cosas semejantes y, cuando estemos libres y sin sospecha de pasión, si con el razonamiento puro y firme parece malo, volver nuestra atención a ello, no dejarlo entonces ni ceder en el castigo, como si de personas que han perdido el apetito de la comida se tratara. Pues nada es tanta causa para castigar mientras está viva la cólera, como de no castigar una vez B
que ha cesado, sino abandonarlo y hacer lo mismo que los remeros perezosos quienes están fondeados durante el tiempo en calma y se arriesgan a correr peligro después navegando con viento. Pues también nosotros condenamos la pereza y blandura de la razón en el castigo y nos apresuramos a obrar temerariamente en medio de la cólera como en medio de una borrasca. Pues el hambriento utiliza el alimento conforme a su natural, en cambio de la venganza se sirve quien no tiene hambre ni sed de ella, ni está necesitado de cólera para castigar como quien lo está de una comida sino, al contrario, cuando está más lejos de desearlo, haciendo violencia a su razón. En efecto, como cuenta Aristóteles[66] C
que en sus tiempos se azotaba en Tirrenia a los esclavos al son de la flauta, no se debe así, por placer, dejarse llevar por el deseo del castigo como por el goce y alegrarse castigan-

[66] ARIST., frag. 608 ROSE.

do, pero arrepentirse después de haber castigado[67]. De estas dos cosas lo uno es brutal, lo otro afeminado. Antes bien, lejos de pena y placer debemos cuidarnos del castigo en el tiempo de la razón, sin dejar pretexto a la cólera.

12. Quizás, sin embargo, parecerá esto no una cura de la ira sino un rechazo y una prevención de los errores que se cometen en ella. Desde luego también una inflamación del bazo es un síntoma de fiebre, pero si se modera se alivia la
D fiebre, como dice Jerónimo[68]. Pero cuando contemplaba el origen de la ira misma veía que en ella caen unos y otros por diferentes causas, aunque para todos en cierta medida se hallaba una creencia de ser menospreciados y descuidados[69]. Por eso debemos socorrer a quienes quieren evitar la ira apartando lo más lejos posible el acto de menosprecio o de arrogancia, atribuyéndolo a ignorancia, a necesidad, a padecimiento o infortunio. Como Sófocles[70]:

Es que, oh rey, ni la razón que nace con uno
permanece con los desdichados, sino que escapa.

E Y Agamenón, al atribuir a la Ofuscación la captura de Briseida, dice sin embargo:

De nuevo quiero agradar, dar innumerables rescates[71].

[67] Véase Sén., *Sobre la ira* I 17-18 y *Ser. num. vind.* 550E que con parecidas palabras se ocupa de los mismos tópicos.

[68] Cf. n. 14.

[69] Arist., *Retórica* II 3 (1380a 8 ss.).

[70] *Antígona* 653-564, versos con los que Ismene se dirige a Creonte. Estos dos versos aparecen también en la *Vida de Foción* I (742A), con las mismas variantes textuales.

[71] *Il.* XIX 138.

Pues pedir es propio del que no desprecia, y al mostrarse humilde quien agravia deshace la opinión de menosprecio. Pero el que está encolerizado no debe aguardar esto sino tomar para sí la respuesta de Diógenes: «Ésos se burlan de ti, Diógenes», y él respondió: «Pero yo no me siento objeto de burla»[72]. El hombre encolerizado no debe pensar que es despreciado sino más bien despreciar a aquel que ofende en la idea de que lo hace por debilidad o ligereza, por indiferencia o por bajeza, por vejez o por juventud. En cambio, hay que dejar tal pensamiento con los criados y los amigos.
Pues no nos desprecian como a incapaces ni a ineficaces, F
sino que por nuestra mansedumbre o por nuestra benevolencia los unos nos desprecian por blandura, los otros por la amistad. Y en realidad no sólo nos comportamos ásperamente con mujer, esclavos y amigos en la idea de que nos menosprecian, sino que también con frecuencia caemos bajo la cólera con taberneros, marineros, muleros borrachos, pensando que nos desprecian, e incluso nos enfadamos con
perros que ladran y asnos que cocean. Es como aquel que 461
quería golpear al que llevaba al asno, pero cuando éste le gritó: «Soy ateniense», diciéndole al burro: «Tú al menos no eres ateniense», se puso a pegarle y le molía a golpes.

13. Realmente los ataques continuos y frecuentes de ira que se acumulan poco a poco en el alma los produce en nosotros sobre todo el egoísmo y el mal carácter unido a la molicie y blandura como un enjambre de abejas o un avispero. Por eso no hay mejor viático que el buen carácter y la sencillez en el trato amable con servidores, mujer y amigos para quien puede conformarse con lo que tiene y no pide muchas cosas superfluas:

---

[72] *Vida de Fabio Máximo* X (179F); Diógenes Laercio, VI 54; Sén., *Sobre la ira* II 32, 2.

B *Pero éste ni se complacía con las comidas demasiado asadas*
ni demasiado cocidas, ni sazonadas más ni menos
ni moderadamente, tal que debiera ponderarlas[73],

quien deja de beber si no hay nieve para el vino, ni come el pan del mercado ni tampoco gusta un alimento en servicio de piedra o de barro, ni duerme sobre un colchón que no esté tan hinchado como el mar movido desde sus profundidades, que acelera con varitas y golpes a los que sirven la mesa en medio de carreras, gritos y sudor como si trajeran cataplasmas para una inflamación, éste es esclavo de un
C género de vida débil, querellante y quejumbroso y, como bajo una tos crónica por sus innumerables ataques, se ha creado sin darse cuenta una condición ulcerosa y supurante en su irascibilidad. Así pues hay que acostumbrar al cuerpo con frugalidad a hacerse autosuficiente y a tener buena condición, porque quienes necesitan poco no están faltos de mucho.

Y, al comenzar por la alimentación, no es nada terrible usar en silencio lo que se nos ofrezca, sin encolerizarnos mucho ni, disgustándonos, ofrecernos a nosotros mismos y a nuestros amigos el condimento más desagradable, la ira:

No podría haber otra cosa más sin gracia que una cena[74]

cuando los criados son golpeados y la mujer recibe censuras porque algo está quemado o ahumado o le falta sal o porque el pan está frío.

D Cuando Arcesilao había invitado a sus amigos en unión de unos huéspedes, se le presentó la cena pero no había pan

[73] Kock, *CAF*, III, *adesp.* 343.
[74] *Od.* XX 392.

porque se habían descuidado en comprarlo los esclavos. Ante esto ¿quién de nosotros no habría roto las paredes a gritos? Pero él sonriente dijo: «¡Qué suerte hay en que el sabio sea un buen bebedor!»[75].

Y una vez que Sócrates llevó consigo a Eutidemo a su casa al salir de la palestra, Jantipa, plantándose ante él llena de ira e injuriándole, al final le tiró la mesa. Cuando Eutidemo se levantó entristecido e iba a salir, Sócrates le dijo: «¿En tu casa no hizo esto mismo anteayer una gallina volando y nosotros no nos enfadamos?»[76].

Pues bien, debemos recibir a nuestros amigos con buen E humor, entre sonrisas y afabilidad, no frunciendo las cejas ni infundiendo estremecimientos y temblores en los criados. Además tenemos que acostumbrarnos a utilizar con agrado cualquier servicio de mesa y no usar más éste que aquél, como algunos que eligen un solo vaso o cuerno de los muchos que tienen y no podrían beber de otro, como se cuenta de Mario. Y son así también con los frascos del aceite o con los rascadores, prefiriendo uno solo de entre todos. Después, cuando se rompe o se pierde uno de éstos lo soportan con dificultad y reparten castigos. Ha de guardarse, pues, el que es inclinado a la ira de objetos raros y singulares, como copas, anillos de sello y piedras preciosas, pues su pérdida F le saca de sí más que la de los objetos fáciles de comprar y corrientes. Por eso también cuando Nerón se procuró una tienda octogonal, cosa sobresaliente por su belleza y digna de ver por su riqueza, le dijo Séneca: «Has quedado convic-

---

[75] Arcesilao de Pitane vivió aproximadamente entre el 316 y el 241 a. C. y fue introducido en la Academia por Crántor después de haber seguido estudios con Teofrasto. Es el fundador de la Academia Media a la que convirtió en centro del escepticismo cuando fue escolarca a la muerte de Crates.

[76] En *Tranq. an.* 471B cuenta esta misma anécdota de Pítaco.

to de ser tú mismo un pobre, porque si la pierdes no podrás
462 comprar otra igual». Y ocurrió ciertamente que se hundió el barco y perdió la tienda. Nerón acordándose de Séneca lo soportó con bastante moderación.

El buen carácter con las cosas previene al hombre afable y suave también con los servidores. Pero si lo es con los servidores, está claro que también lo será con amigos y súbditos. Vemos que los esclavos recién comprados se informan sobre su comprador no de si es supersticioso o envidioso, sino de si es colérico. Y, en general, cuando hay ira, ni los maridos soportan la castidad de sus mujeres, ni las mujeres pueden soportar el amor de sus maridos ni los amigos el trato mutuo. Así ni el matrimonio ni la amistad
B acompañados de ira son tolerables. Pero sin ira incluso la embriaguez es cosa ligera. Pero la vara del dios es castigo suficiente del borracho, a no ser que, añadiéndose la cólera, haga el vino puro salvaje y enloquecido, en lugar de liberador e inspirador de la danza[77]. La locura misma la cura Anticira[78], pero si se mezcla con ira engendra tragedias y mitos.

14. No debemos dar lugar a la ira ni bromeando, pues lleva odio a la afabilidad; ni en las conversaciones, pues
C conduce del amor por la palabra a la rivalidad; ni en los juicios, porque añade insolencia al poder; ni enseñando, pues engendra desánimo y odio al aprender; ni en la felicidad, porque aumenta la envidia, ni en la desdicha, porque

---

[77] *Lyaîos* y *Choreîos* son epítetos de Dioniso, dios al que, obviamente, se está refiriendo Plutarco.

[78] Ciudad de la Fócide a orillas de la costa norte del golfo de Corinto, famosa por su producción de eléboro, planta a la que se le atribuían tales virtudes curativas.

suprime la compasión, cuando se enfadan y discuten con quienes los compadecen, como Príamo:

Idos, miserables, viles; ¿no tenéis de qué llorar
en vuestras casas y vinisteis por eso a molestarme?[79].

El buen carácter ayuda a unas cosas, adorna otras y a otras suaviza, supera con su dulzura toda cólera y mala condición. Como Euclides, cuando su hermano le dijo tras una pelea: «¡Ojalá me muera, si no me vengo de ti!», le respondió: «¡Y yo ojalá muera, si no te puedo persuadir!»[80]. Inme- D
diatamente le disuadió y le transformó. Y Polemón, cuando un hombre amante de las piedras preciosas y enfermo por los sellos de gran precio le injuriaba, no le respondió nada, pero puso su atención en uno de los sellos y lo examinaba con cuidado. Entonces ese hombre se alegró y le dijo: «No lo mires así, sino bajo la luz del sol y te parecerá mucho mejor»[81]. Aristipo, al producirse un enfado entre él y Esquines y decirle uno: «¿Dónde está, Aristipo, vuestra amistad?», le contestó: «Duerme, pero yo la despertaré». Y acercándose a Esquines le dijo: «¿Tan completamente desafortunado e incurable te parezco que soy, como para no obtener de E
ti una amonestación?». Pero Esquines le dijo: «No es nada extraño que, siendo superior a mí en todo por naturaleza, hayas visto también aquí antes lo debido»[82].

---

[79] *Il.* XXIV 239-240.

[80] Euclides de Mégara, discípulo de Sócrates y fundador de la escuela megárica. Cf. más adelante *Frat. am.* 489D.

[81] Polemón de Atenas fue discípulo de Jenócrates ante cuyas lecciones quedó impresionado. Le sucedió como escolarca de la Academia el 314 a. C. Era famoso por su firmeza de carácter.

[82] Se trata de Aristipo de Cirene y Esquines de Esfeto, ambos discípulos de Sócrates. Al primero se le considera fundador de la escuela cirenaica, en cierto modo predecesora del epicureísmo.

Pues también al jabalí de cuello erizado,
no sólo una mujer, sino un niño recién nacido
frotándose con su tierna mano le doblegaría
más fácilmente que cualquier adversario[83].

Pero nosotros domesticamos animales salvajes y los hacemos mansos, llevando en brazos a lobeznos y cachorros de león[84], en cambio arrojamos por nuestra ira a hijos, amigos y allegados y soltamos nuestra cólera, como una fiera, sobre
F servidores y conciudadanos. Y no hacemos bien con llamarla atenuadamente 'odio del mal', sino que, a mi parecer, como con las demás pasiones y enfermedades del alma, al llamar a una 'previsión', a otra 'liberalidad', a otra, en fin, 'piedad', no nos podemos librar de ninguna[85].

15. Y ciertamente, como Zenón[86] decía que el esperma es una mezcla y fusión arrancada de las facultades del alma, así parece que la cólera es un semillero de las pasiones.
463 Pues arranca de la tristeza, del placer y de la insolencia y, aunque posee la alegría por el mal ajeno propia de la envidia, es incluso peor que la envidia. Pues combate no para evitar ella misma el mal, sino para sufrirlo con tal de infligirlo a otros. Es innato a ella lo más desagradable del deseo, si es la aspiración de afligir a otro. Por eso si nos acercamos de mañana a las casas de los libertinos, oiremos a una flautista y, como alguien dijo, veremos «lodo de vino y jirones de coronas»[87] y a los acompañantes borrachos a las puertas.

---

[83] Nauck², *TGF, adesp.* 383.

[84] Cf. *Frat. am.* 482C.

[85] Véase antes 456F y también *Virt. mor.* 449A donde achaca también a los estoicos el velar las pasiones con nombres más gratos.

[86] Von Arnim, *SVF*, I, pág. 36, frag. 128.

[87] Nauck², *TGF*, Sóf., frag. 715.

Pero podrás ver los indicios de hombres crueles y desagradables en los rostros de los servidores, en sus heridas y en B sus grilletes:

El único canto constante en la casa

de un hombre irritado

resulta un gemido[88]

cuando se azota dentro a los intendentes y se atormenta a las criaditas, de tal manera que al ver las penas de la cólera en los deseos y placeres se siente compasión.

16. Sin embargo, a quienes ocurre ser presa frecuente de la ira por un verdadero odio del mal, hay que evitarles el exceso y violencia que ella produce, junto con la extremada confianza respecto a lo que la rodea[89]. Pues ésa mucho más que otras causas acrecentará la cólera, cuando alguien tenido por bueno se revela malvado o pareciendo amigo difiere C de nosotros y hace reproches. En cuanto a mi carácter sabes, sin duda, con qué gran inclinación es llevado a la benevolencia y confianza en los hombres. Pues bien, como los que andan sobre el vacío, cuanto más me apoyo en el amor de otros, más yerro y me disgusta equivocarme. Apartar de este amor el exceso de pasión y ánimo yo no podría aún, en cambio para no confiar demasiado debería usar quizás como freno la precaución de Platón[90]. Pues dice que alaba al matemático Helicón en tanto que un animal mudable por naturaleza y que los que han sido educados en la ciudad, D

---

[88] NAUCK[2], *TGF, adesp.* 387; citado también más adelante en *Curios.* 518B-C.

[89] PLATÓN, *Fedón* 89d.

[90] PLATÓN, *Carta* XIII 360c-d.

teme mucho que, al hacerse hombres y semillas de hombres[91], manifiesten de algún modo la debilidad de su naturaleza. Pero Sófocles cuando dice que:

cuanto más indagues, más bajezas de los mortales habrás indagado[92],

parece atacarnos y rebajarnos en demasía. Sin embargo este desagrado y afán de censura en su juicio puede hacernos más templados en los ataques de ira. Pues es lo repentino e inesperado lo que saca de sí[93]. Es necesario, como decía Panecio en alguna parte, usar la frase de Anaxágoras[94] y tal como aquél dijo a la muerte de su hijo: «sabía que lo en-
E gendré mortal», pronunciar esta frase a cada ocasión en los fallos que nos excitan: «sabía que no había comprado un esclavo sabio» o «sabía que no había adquirido un amigo infalible» o «sabía que tenía como mujer a una mujer». Y si se repite constantemente la pregunta de Platón: «¿Es que yo no soy así?»[95] y de afuera se vuelve adentro el razonamiento y se coloca en lugar de los reproches la precaución, no habrá necesidad de un gran odio al mal tocante a los otros cuando se vea uno a sí mismo necesitado de mayor perdón. Pero, en realidad, cada uno de nosotros al castigar irritado atrae sobre sí las voces de Aristides y de Catón: «No robes; no mientas; ¿por qué holgazaneas?» y lo que es más vergonzoso de todo, censuramos con ira a los ya irritados y

[91] Platón, *Leyes* 853c.

[92] Nauck², *TGF*, frag. 769; citado también en *Frat. am.* 481F.

[93] Véase antes en *Virt. mor.* 449E.

[94] También en *Tranq. an.* 474D y *Cons. ad Apoll.* 118D.

[95] *Aud.* 40D; *Cap. ex inim. ut.* 88E; *Tuend. san.* 129D; Horacio, *Sátira* I 4, 136.

castigamos coléricos a los que han errado por cólera, no F
como médicos quienes

con remedios amargos purgan la bilis[96],

sino haciendo más intenso el mal y más perturbador.

Por tanto, cuando estoy sumido en reflexiones tales, pruebo al mismo tiempo a quitar también algo de mi curiosidad. Pues el examinar todo exactamente, indagar y arras- 464
trar al medio el trabajo del criado, la acción del amigo, la ocupación del hijo y el susurro de la mujer produce iras frecuentes, continuas y diarias de las que lo principal son sus maneras desagradables y difíciles. Pues el dios, ciertamente, como dice Eurípides:

se ocupa de lo importante, lo pequeño
permite que se conceda a la fortuna[97];

yo, en cambio, creo que nada debe dejar a la fortuna ni descuidar quien es inteligente, pero debe confiar y servirse en B
unas cosas de su mujer, en otras de los servidores, en otras de los amigos, como hace un gobernador con sus intendentes, contables y administradores, estando él con su reflexión a cargo de lo principal y mayor. Pues como molesta y perturba la vista la letra pequeña, así también las cosas insignificantes intensifican la ira[98], que toma un mal hábito respecto a las más importantes.

---

[96] NAUCK^2, *TGF*, SÓF., frag. 770. Citado asimismo en *Tranq. an.* 468B y en *Fac. lun.* 923F.

[97] NAUCK^2, *TGF*, EUR., frag. 974, citado también en *Praec. ger. reip.* 811D.

[98] SÉN., *Sobre la ira* II 26, 2; III 11, 1.

Pues bien, además de esto miraba yo aquella frase de Empédocles[99], la de «Ayunar de la maldad», como grande y divina. Alababa también como no carentes de gracia ni impropios de un filósofo aquellos votos hechos en las oraciones, como purificarse durante un año de los placeres amorosos y del vino, honrando al dios con continencia, o de nuevo evitar la mentira durante un tiempo determinado, poniendo atención en nosotros mismos respecto a cómo diremos la
C verdad en bromas o con completa seriedad. Entonces comparaba con ésos mi propia súplica, en la idea de que no era menos sagrada ni grata al dios. Primero era pasar unos pocos días sin ira, como sin embriaguez o sin vino, como si fueran sacrificios sobrios y libaciones de miel[100]. Después de un mes y dos probándome a mí mismo, poco a poco avanzaba con el tiempo en mi resignación, poniendo atención en mí mismo con continencia y guardándome en si-
D lencio, plácido y libre de ira, purificándome de palabras malas y de acciones fuera de lugar y de la pasión que, por un placer pequeño e ingrato, procura grandes turbaciones y el más vergonzoso arrepentimiento. De ahí, según creo, y con alguna ayuda del dios, mi prueba aseguró aquel juicio, que esa placidez, dulzura y humanidad no es tan grata, querida y libre de pena para ninguno de los que conviven como para los mismos que la poseen.

---

[99] Diels-Kranz, *Die Frag. der Vors.*, I, pág. 369, frag. 144.

[100] Estas ofrendas se hacían a las Euménides. Cf. Esq., *Euménides* 107; Sóf., *Edipo en Colono* 100, 481. En *Tuend. san.* 132E Plutarco refiere que en alguna ocasión son ofrecidas a Dioniso.

ÍNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

Págs.